

“LA MONEDA DE LOS DESEOS”

¿Quién no ha deseado alguna vez encontrar un objeto maravilloso del que saliera un genio que le concediera tres deseos?

Hola, soy David, un niño más bien delgadito, con pelo corto, rizado y con un color muy raro parecido al color de las naranjas. ¿Habéis visto alguna vez una mazorca de maíz recién cortada de la planta? Pues los pelos que salen de las hojas que envuelven la mazorca, son prácticamente iguales que los míos... No soy muy alto, está bien para los diez años que tengo, aunque me gustaría ser más alto para no quedarme el último cuando hacen los grupos de baloncesto. Mi piel es blanquita y tengo muchas pecas por la cara. Dice mi madre que me dan personalidad, pero me dan vergüenza. Mis ojos son azules, tan azules, que mis amigos los confunden con el cielo. Encima de ellos tengo unas pestañas largas que me hacen una espiral, y más arriba tengo unas cejas muy marcadas, de un color como la arena de los desiertos, secas y abundantes. No me gusta ir al colegio, prefiero quedarme en casa leyendo mis cuentos de fantasía o volando mis cometas en la calle. Además, tengo una colección de insectos vivos que encuentro cuando voy por el jardín de mi abuela. Mis amigos me llaman “rarito”, y creo que tienen razón.

Soy un gran artista, me encanta dibujar y pintar, incluso en las paredes de mi habitación, ¡Eh, no os preocupéis, mis padres están muy atentos... y pusieron un papel especial que se limpia con jabón! Tengo muchos amigos a los que cada viernes me gusta invitar a mi casa a jugar con mi gatito Comilón y, cómo no, a volar mis mejores cometas.

Pero, basta de describir mi maravilloso cuerpo, ahora le toca a la gran personalidad que tengo. Soy un tío simpático y divertido, invento juegos cuando no tenemos balón, cometas o videojuegos. Dice mi madre que soy desordenado, que no puede encontrar nada en mi habitación, pero para mí, eso es el orden. Dentro de ese caos, soy capaz de localizar cualquier objeto con los ojos tapados. Pero eso no debe gustarle a mi madre y me obliga a ordenar a su manera al menos dos veces al mes, pero suelo escaquearme la mayoría de veces.

Una mañana, mi madre me amenazó con no llevarme al concurso de cometas si no ordenaba mi habitación, y eso yo no lo podía permitir. Bueno, pues “ordenando” mi habitación encontré una moneda que me había dado Robin, un anciano de Londres, que había conocido en mi tienda favorita de cometas. Al principio no le di importancia, una moneda antigua, roñosa y sin valor... ¡Buah! Pero esa moneda no era una moneda cualquiera, sino una muy especial.

No preguntéis por qué, pero ese día, coloqué todo como a mi madre le gusta en menos tiempo de lo que dura una clase de matemáticas y cuando iba a guardar la moneda, la hice girar sobre su lateral. De pronto, comenzaron a salir letras de una gran luz que salía de la moneda y comenzaron a colocarse sobre la pared. Conseguí leer esta frase: “Soy Cleox, mago de Cromion, y al dueño de esta moneda, le concedo tres deseos como pago por librarme de la oscuridad”.

Pedí a mamá que me llevara a Londres, si sacaba las mejores notas de toda mi carrera de estudiante. Tenía que hablar urgentemente con Robin, que se había mudado a Londres después de cuidar de sus nietos durante diez años. Días antes, conseguí hablar con él por

teléfono y quedamos en vernos en cuanto nos instalásemos en Londres. Fui a su casa, llamé al timbre, pero no había nadie. Fuimos por las calles de alrededor de su casa, hasta que al final le encontramos en el suelo, en frente de un supermercado pidiendo dinero y comida. ¡No podía creer que Robin fuera un “pedigüeño”!

Robin vino a nuestro hotel después de comer. Le compramos algo de ropa y se dio una ducha. Nos contó que había vendido todo lo que tenía para poder ayudar a su hija y sus nietos para que pudieran vivir bien en mi ciudad, después de perder a su marido de una enfermedad. Él ya es mayor pues tiene ochenta y un años y no le queda mucho tiempo de vida. Entonces recordé el motivo de mi viaje. ¡La moneda que él me dio, era mágica! Fui corriendo a por la moneda de los deseos y le dije que la hiciese girar sobre su canto. ¡Qué raro, no hacía nada! En ese mismo instante, lo entendimos. Yo era el único que podía pedir los tres deseos.

En ese momento, decidí para quién iba a ser mi primer deseo... quería que Robin fuera feliz con su familia y que tuviese lo suficiente para vivir bien con ellos hasta que su vida terminase. Y así ocurrió. Pocos minutos después recibió una llamada de su hija, pidiéndole que volviera a vivir con ellos, le habían comprado sus mejores cuadros para un nuevo museo que iban a abrir en la ciudad y tenía encargos para más de dos años. Su cara se iluminó y sonrió. Me dio las gracias por utilizar uno de mis deseos para ayudarle.

Ya había gastado un deseo, pero no me importaba, estaba muy contento por haber ayudado a Robin.

Mi madre estaba tan orgullosa de mí, que olvidó haber estado enfadada conmigo por haberle mentado sobre el motivo de nuestro viaje a Londres.

Era hora de volver a casa. Volví al colegio, pero no dejaba de pensar en qué gastarían los dos deseos que me quedaban. Quería ser más alto, quería dejar de ser pelirrojo, quería tener más cometas y quería ser mayor para dejar el colegio... ¡Bah! Nada de eso era realmente importante.

¡Eh! Ahora que lo pienso, me gustaría conocer a mis antepasados. Mi bisabuela Genoveva, mi bisabuelo Zacarías, el tatarabuelo Cosme, la tatarabuela Marisa... Todos esos a los que la abuela Juana mete en sus historias, esas tan emocionantes que me cuenta cuando duermo en su casa en vacaciones. Pues así gasté mi siguiente deseo. Hice girar la moneda. Y entonces, apareció delante de mis ojos una máquina del tiempo súper molona. Tenía luces por todas partes; una palanca que te llevaba al pasado o al futuro y un asiento de lo más cómodo.

¡Bisabuela Genoveva! ¡Y tú debes ser mi bisabuelo Zacarías!, ¡Hala, si es el tatarabuelo Cosme y la tatarabuela Marisa!, grité yo, pero... ¿quién era quién? Todos me miraban, era un muchacho desconocido dentro de su casa... Todos menos la bisabuela Genoveva. Ella me conoció y vino corriendo darme un beso. ¿Qué haces ahí parado Ernesto? Ernesto, es mi abuelo, todo el mundo del pueblo dice que nos parecemos como dos gotas de agua. Pasé un día estupendo con ellos, me enseñaron a hacer muchas cosas con las manos y la madera, aprendí a hacer pan y a plantar lechugas.

Ellos también me enseñaron mi pueblo de hace doscientos años. La bisabuela Genoveva había salido ha ordeñar a las vacas con los zapatos de su madre, la tatarabuela Marisa.

Mientras las ordeñaba estaba diluviando y las empapó. Cuando llegó a casa Marisa la regañó y la castigó sin salir con sus amigos. ¡Guau! Esa historia la he oído 100 veces de boca de mi abuela Juana... Tras acabar el día, di un beso a todo el mundo y me marché. ¡Vaya! La mejor aventura que he vivido en toda mi vida, corta, porque aún soy un niño.

Cuando llegué a mi casa, mis padres estaban muy preocupados, ya que había estado fuera muchas horas. Mi padre me dijo que mamá no estaba preocupada solo por mí: habían ido al médico y traían malas noticias para mí. El médico le había dicho que no podía tener más hijos. Lloré un buen rato, pero enseguida me acordé de que me quedaba un deseo, y... ¿A que no adivináis cuál fue?

Mi último deseo fue... Tener una hermana pequeña. Y así fue como, un 22 de marzo de 2024, mamá fue al médico por un malestar y allí le dijeron que estaba embarazada. Ella, papá, la abuela, el abuelo, la tía, el tío se pusieron superfelices; pero el que más, yo. Bueno pues tras nueve meses, el día 21 de diciembre nació la pequeña Abril. Cuando la vi era completamente igual que mamá, rubia, con los ojos azules...En general, tenía un poco de todos, de papá tenía el color de la piel; de mamá, el pelo y los ojos; de mí, los rizos; de la abuela Juana, la sonrisa; del abuelo Manolo, los gestos...

Ya había consumido los tres deseos, pero... ¡era el niño más feliz del mundo!

Paola Rodríguez Pedraza

1º ESO B